

A LA HORA NONA

Antonio Buzarra

PRÓLOGO

La vida, ese intervalo de tiempo entre el nacimiento y la muerte por el que todos pasamos, en el que a veces sufrimos, a veces gozamos, y la mayor parte del trayecto caminamos de puntillas, es en teoría una cadena de acontecimientos, una sucesión de circunstancias que se desarrollan, se desencadenan, para llegar sin remedio al último eslabón, la muerte.

Según unos, seguimos un orden superior ya escrito y por ello determinado. Y yo me pregunto: ¿si esto fuera así, nuestra humanidad se podría desarrollar? Seríamos clones unos de otros o, mejor dicho, autómatas puestos al servicio de un ser superior que a su capricho movería nuestros hilos sin dejar al albur ninguna posibilidad que no estuviera programada; es decir, seríamos muñecos de guiñol en manos de nuestro creador.

Pero, según otros, la vida va acomodándose a la eventualidad de tus propias decisiones, ya que, en cada instante de tu existencia, conforme vas tomando tus oportunas disposiciones, se va cambiando tu línea del destino. Sin embargo, hay otros que piensan que a veces surge la discordancia, la cadena se rompe, hay eslabones que se desprenden, que se pierden, y que son los causantes de que ese orden perfecto se desequilibre, se interrumpa, uniéndose otra vez de forma aleatoria y culminando imperfecciones que dan un poco de chispa a la vida. Un poco de incertidumbre, un poco de sabor, que da lugar a algo que pensar, algo por lo que luchar, algo por lo que llorar, algo por lo que amar.

CAPÍTULO UNO

Corría el año del señor de 1943, Europa se desangraba en una guerra estúpida y en España intentábamos recuperarnos de otra guerra más estúpida todavía. Españoles contra españoles, pueblo contra pueblo, barrio contra barrio, hermano contra hermano. Y ¿para qué? Para que alguien, como siempre, saliera vencedor y humillase o se vengara de su hermano, de su vecino o de su paisano del pueblo de al lado.

Andrés, un muchacho delgado pero fibroso, de poco más de nueve años, había nacido y vivido en el pueblo de Villalobar de la Sierra, un pueblecito de no más de quinientos habitantes inmerso en la Sierra de Montana. Un macizo montañoso que atravesaba la región de norte a sur, albergando en su interior a más de una docena de pueblos. Sus hayas, robles y pinos proporcionaban leña a sus moradores, carne de caza para sus mesas y alguna dehesa que otra donde pastaba el escaso ganado que habían podido conservar. En las largas jornadas del invierno en las que la niebla engullía la comarca, también alimentaban sus mentes con historias de animales salvajes que vagaban por la comarca en busca de almas que devorar. Cuando en las noches de invierno el viento soplaba con fuerza, se podía distinguir, según los vecinos, un aullido feroz que helaba la sangre en las venas a los que pillaba fuera de casa. Durante sus nueve años largos de vida, Andrés no había abandonado jamás su pueblo, lo más lejos que se había desplazado era hasta la dehesa del Antojo, situada a un kilómetro y medio de su casa, un día que fue de excursión con sus padres y amigos para celebrar no sé qué fiesta.

La guerra había hecho estragos en el pequeño pueblo de Villalobar de la Sierra, no durante las batallas, que no hubo ninguna, sino, y esto era lo preocupante, tras la gloriosa victoria de los vencedores. Engreídos, los vecinos que eran de la misma cuerda que los triunfadores, exaltaban con inmodestia las batallas donde otros habían derramado su sangre, ensalzaban como mártires a los asesinados por los contrarios, sin acordarse para nada de los exterminados por esos mismos que tanto elogiaban. Bueno, eso tampoco era cierto, se acordaban de ellos para vilipendiarlos, vejarlos y humillarlos. Hinchidos de una jactancia no merecida, estos, sus familias y los amigos del nuevo régimen, habían modificado la vida en el tranquilo pueblo de Villalobar a su antojo. No hay que decir de qué lado estaban los privilegios, mientras que el resto de sus habitantes languidecía entre el hambre y la miseria. Sin contar los marcados con el título de «traidores a la patria», e irremediabilmente proscritos, relegados por los vencidos que, como en toda sociedad por pequeña que fuera, siempre había algunos. El hambre

dominaba la comarca y el trabajo escaseaba. Como solución a la pobreza y necesidad que sufrían en casa, Andrés fue designado por su padre, Tomás, un leñador de la comarca, para ser enviado al convento de Nuestra Señora del Valle.

—Allí, mientras se educaba, se haría fraile —decían sus padres.

—Para quitarse una boca de casa —corregía en su interior Andrés.

La verdad es que ese pensamiento no era suyo. A sus nueve años, la vida no había tenido mucho tiempo para tratarlo mal, pero el motivo de ese razonamiento había sido un comentario que había escuchado a la Charo, una vecina del pueblo preocupada más por lo que pasaba en las casas ajenas que en la suya propia.

Un día que Andrés participaba con sus amigos en el juego del escondite, oculto tras una carretilla, escuchó a la Charo, que, sin darse cuenta de la presencia de Andrés, hablaba con la Petra, otra vecina de la misma cuerda.

—¿Sabes que al Andresito lo llevan al convento? —comentó con una sorpresa fingida.

—Sí —contestó Petra sin mostrar extrañeza alguna.

—Una boca menos que alimentar —pronunció Charo con cierta maldad.

—Chica, no seas malpensada, quizás es que el muchacho tenga vocación —respondió Petra con cierto desenfado.

—¿Vocación el Andresito? —comentó mientras abría la boca para reírse, a la vez que se inclinaba levemente hacia atrás enseñando los huecos dejados por las dos paletas que una coz de su mula le había arrancado un tiempo atrás, o eso decía ella—. Pero ¿tú lo has visto? —soltó en voz alta—. Si es más *parao* que la fuente de la plaza —pronunció Charo con sorna y cierto aire de superioridad.

—¡Va!, mujer —volvió a decir la Petra—. Qué más da. Al fin y al cabo, a ti... —exclamó mientras alzaba un poco los hombros— ¿qué más te da?

—¿Qué quieres decir? —preguntó como ofendida Charo.

—Qué, al fin y al cabo, a ti ni te va ni te viene lo que pase en casa del Tomás con el Andresito —respondió con firmeza Petra.

La Charo miró con aspereza a su compañera en el cotilleo, mientras respondía intentando salvar su orgullo.

—En fin, me voy a casa, tengo las alubias en el puchero y no quiero que se me quemem; si no el Marcelino pondrá el grito en el cielo cuando venga a comer y se encuentre sin comida.

—Anda sí, no sea que tengas otro tropiezo con la mula —soltó Petra con una sonrisa burlona.

La Charo no respondió, alzó sus ojos al cielo y se tapó con la mano el rostro, una fina lluvia había comenzado a caer, mojando a las dos mujeres. Con cierto desaire taladró con la mirada a su compañera de cotilleo. Sin mediar palabra, como ofendida, se ciñó el cántaro a la cintura y dio media vuelta. Tras lo cual, las dos mujeres se separaron, encaminándose cada una a sus quehaceres. Andrés, que apenas había respirado para no delatarse durante la conversación de aquellas dos mujeres, se quedó pensativo. Si no había escuchado mal, aquello le concernía y cambiaba sus pequeños esquemas. Con lentitud comenzó a salir de su improvisado escondite, la carretilla del Ambrosio, que le había servido para ocultarse de sus compañeros de juego. El agua había empezado a empapar sus ropas, pero Andrés no se inmutó por ello, en su mente había nacido la duda.

—¿Tenía que ir al convento por designio de Dios o solo para aliviar el hambre en casa?

Un «te pillé» proveniente de su amiga Aurelia seguido de un «tú te la quedas» volvió a meter a Andrés en el juego, olvidándose al momento de la conversación escuchada. Los dos amigos corrieron al atrio de la iglesia para resguardarse de la lluvia, donde con gran regocijo continuaron sus infantiles juegos con el resto de sus amigos. No obstante, aquello le había dejado el poso de la duda, de la desconfianza hacia las verdaderas intenciones de sus padres.

«¿Por qué tenía que abandonar, precisamente él —se decía— la tranquilidad del hogar?».

El tiempo fue pasando y, gracias a los animados juegos con sus amigos y la asistencia a las clases de don Mariano, mantenía su mente ocupada. Andrés ya se había olvidado de aquella conversación. Mientras intentaba entender las figuras que don Mariano tan hábilmente dibujaba en la pizarra y que llamaba Aritmética y Geometría, su pequeña cabecita no podía pensar en otra cosa. Pero lo peor eran las Matemáticas, que tanto veneraba don Mariano.

—El mundo se rige por las matemáticas —decía con pompa y circunstancia don Mariano, mientras recorría con sus ojos la clase observando aquellas pequeñas cabezas.

El día que llegaban a clase y tenían escrita en la pizarra una multiplicación por dos o tres números, Andrés comenzaba a sudar. Hubiese preferido que le diera una coz la burra del tío Benito que enfrentarse a aquellos números. No entendía la admiración

de don Mariano por aquellos números, y menos que dijera que en la vida todo eran matemáticas. El no veía ninguna matemática cuando su padre y su tío Jorge se iban a segar hierba a la pradera para las vacas con el dalle al hombro.

«¿Dónde están las matemáticas ahí?», se preguntaba.

O cuando su padre cavaba con el azadón el pequeño huerto que tenían tras la casa, donde con mucho esfuerzo cultivaba patatas, tomates, lechugas, alubias, etc., para el mantenimiento de su familia.

«Yo no veo salir números de las plantas —pensaba en voz alta—. Solo son alubias o patatas», sentenciaba.

No, por mucho que lo intentaba no lo comprendía, y mucho menos entendía cuando don Mariano, en un intento de desasnar aquellas cabecitas, se ponía en plan filosófico y les intentaba explicar que cualquier acto o hecho en la vida tenía su propia fórmula matemática. Menos mal que al salir de clase se olvidaban de todo aquello, parecía que sus pequeñas mentes se vaciaban de todo lo que don Mariano, con tanto esfuerzo, había intentado inculcarles antes de salir por la puerta para dedicarse de lleno a sus juegos.

Y así, día a día, semana a semana, estación a estación, la vida discurría felizmente para Andrés. Hasta que una mañana se acercó su padre mientras estaba jugando frente a la casa. El sol apenas podía salir entre las abigarradas nubes y Andrés, tan feliz como siempre, jugueteaba con sus hermanos. La cara de Tomás estaba triste, sus ojos no brillaban como en otras ocasiones. Su cara, alargada de normal, parecía haberse estirado más aún. Su piel, pegada al hueso, imprimía tristeza en sus facciones. Y las arrugas, que como heridas del tiempo cincelaban su rostro, parecían más grandes que normalmente. Tanto es así que, al verlo, Andrés tuvo que preguntarle con un tono de preocupación:

—¿Pasa algo, padre?

—No —contestó Tomás con apenas un hilillo de voz surgiendo de su garganta. Dominado por la angustia tuvo que carraspear un poco para poder emitir algún sonido. —No, no..., no pasa nada, Andrés, solo que mañana es el día...

—¿El día de qué? —interrumpió asustado Andrés.

—... Mañana..., mañana partes para el convento.

Aquello pilló de sorpresa al niño, que ya se había olvidado de ese tema. Su rostro se entristeció al momento, pero dispuesto a obedecer a su padre contestó:

—Está bien padre, haré lo que tú quieras.

Y se dio media vuelta con los ojos clavados en la tierra, encaminándose hacia el lugar donde sus hermanos, ajenos a su pequeña tragedia, le hacían señas para que acudiese.

CAPÍTULO DOS

Eran las ocho de la mañana de un día del mes de mayo cuando en la casa de Tomás, el leñador, se estaban haciendo los preparativos para la partida de Andrés. Fuera, en la calle, unos negros nubarrones cabalgaban a lomos del viento, arrojando su líquida carga sobre la oscurecida comarca. Durante toda la noche los truenos habían ensordecido el bosque, como si el aire trajera el eco lejano de una sangrienta batalla, y el agua que las abundantes nubes habían arrojado sobre la comarca era la sangre con la que se había empapado su tierra. Andrés apenas había podido dormir pensando en su nueva vida lejos de sus padres, de su casa, de sus hermanos y amigos. Al día siguiente rompería con todo lo que conocía para adentrarse en un mundo nuevo, desconocido, donde las reglas del juego serían distintas y también sus participantes. No sabía si sería mejor o peor, pero estaba seguro de que sería diferente.

Hacía ya una hora que la lluvia había cesado. El viento del norte jugaba con las nubes. Como si de un rebaño de ovejas se tratara, unas veces las arremolinaba a su placer en un rincón del cielo; otras, haciéndolas jirones, conseguía separarlas unos momentos para volver a juntarlas a su antojo; o las hacía correr por encima de la sierra las más de las veces. Animados por los escasos rayos de sol que esporádicamente iluminaban el bosque y la casa de Tomás, los alegres cánticos de los pájaros envolvían la casa del leñador, mientras que en su interior un pequeño drama se estaba desarrollando.

—¡Andrés! —gritó Rosa, su madre—. Aquí te dejo un par de calcetines.

La voz de Rosa había sonado temblorosa, nerviosa, en el silencio de la casa, aunque Andrés no se hubiera percatado de ello.

—Sí, madre —respondió Andrés, que andaba intentando ponerse los zapatos que le había regalado su tío Jorge. Eran de segunda mano, el dinero no daba para más, pero al fin y al cabo eran los mejores que tenía.

—¡Ah!, y también te pongo una muda.

Rosa miró el pequeño petate, donde no había muchas cosas materiales, pero donde, sin embargo, no cabía un gramo más del amor de una madre. «Espero que en el convento te den algo más», susurró Rosa con tristeza en el rostro, mientras el tibio calor húmedo de unas lágrimas le recorría los pómulos en dirección a la comisura de sus labios. Ese sabor salado le recordaba lo que significaba aquella marcha.

Con premura se pasó la mano derecha por el rostro y se limpió las lágrimas. No quería que nadie la viera llorando. Pero el dolor seguía atenazándola. Ya no correría por

la casa molestando a sus hermanas Pili y Carmen, ni a Tomás, su hermano mayor. Ya no tendría que ir a buscarlo a la fuente del pueblo para llevarlo de la oreja empapado a casa. Ni tampoco tendría que escuchar las quejas de algún vecino sobre las trastadas de Andrés, como cuando se iba con el Paco y el Jorge, dos amigos de su misma edad, a cabalgar sobre la Rita, la yegua del Tío Tirso, por el prado de la Ensenada, o cuando venía la Señora Gregoria para decirle que le habían quitado cuatro zanahorias del huerto, pero, sobre todo, ya no oiría más su voz diciéndole «te quiero mucho, madre», mientras sus pequeños brazos se aferraban a su cuello. Tras su partida, su vida estaría dedicada a Dios y ya no le pertenecería más. Estaba en esos pensamientos cuando la voz un tanto entristecida de Andrés sonó a su lado.

—Ya estoy, madre. —Rosa, sobresaltada, se dio media vuelta y allí estaba Andrés, con su pelo rubio y medio ondulado que le hacía caer sobre la frente un pequeño rizo.

—Sí, ya veo —dijo Rosa. Con disimulo se pasó otra vez las manos por la cara en un intento de hacer desaparecer de forma definitiva las lágrimas de su rostro—. Sí, ya veo —volvió a decir de forma precipitada—. Pero te has puesto mal los pantalones y te has abrochado mal la camisa, ¿qué quieres, salir así, hecho un adefesio? ¿Qué van a decir de ti en el convento? ¿Qué van a decir de tu madre? Somos pobres, pero que te vean bien limpio —sentenció.

Excusas y más excusas que repetía por no reconocer ante su hijo la pena que en aquel momento desgarraba su corazón. En ese instante entró Tomás, su padre, y preguntó.

—¿Estás ya listo?

—Sí, padre —contestó Andrés con serenidad.

—Pues vamos, no quiero que llegues tarde. Tu tío te espera en la carreta —exclamó cabizbajo, con la mirada clavada en el suelo como escondiéndose de su hijo.

—Un momento —pronunció Rosa—. No te puedes ir con el estómago vacío. Anda, siéntate y come algo antes de marcharte. —Cualquier excusa era buena para retener un segundo más a su hijo con ella.

Andrés volvió la cabeza hacia la sencilla mesa con el mantel de hule a cuadros azules y blancos donde tantas veces había desayunado. Allí vio un tazón de leche humeante recién ordeñada acompañado de una tostada de hogaza cubierta de nata fresca y rociada con azúcar. No lo pensó dos veces y se sentó a la mesa dispuesto a devorar aquel manjar. Mientras desayunaba, Rosa no podía dejar de recordar las veces que lo había visto almorzar, comer, cenar en aquella mesa. Recordó la primera vez que

comió la tostada con nata de Florencia, la vaca. Estaba sentado en una silla alta de madera, muy alegremente llamada «trono», hecha por Tomás con leña que había recogido en el bosque, y por la que apenas asomaban sus pequeños pies del asiento. Sus manitas ni siquiera llegaban a la mesa, por lo que su padre le tuvo que añadir una pequeña superficie de madera para que le sirviera de mesa. Ante él, un tazón de leche casi tan grande como él, y una tostada de nata que apenas podía coger en sus pequeñas manos. Después de sonreírse viendo como el pequeño Andrés intentaba dominar aquello, Rosa se acercó a él y partiéndola en trozos asequibles a sus pequeñas manos, le dejó mojarla en el tazón. Absorta en sus recuerdos no advirtió que Andrés había ya devorado su desayuno, por lo que la voz la asustó.

—¡Adiós, madre! —dijo Andrés mientras se le enroscaba al cuello. Rosa parecía no querer que su hijo la soltara, ya que era muy probable que este fuera el último abrazo que recibiera de él. Fue Tomás el que tuvo que casi arrancar a Andrés de los brazos de su esposa y sacarlo a la calle. Allí lo esperaban sus hermanos. Tomás, dos años mayor que él, moreno, con la tez ya curtida un poco por acompañar a su padre a recoger leña para ir después a venderla. Piluca, como la llamaba él, era su hermana pequeña, apenas se llevaban doce meses y era como él rubia y alegre como un ruiseñor. Medio escondida tras Pilar estaba Carmen, la pequeña de la familia, que se movía como un colibrí. Uno a uno se fue despidiendo de ellos hasta llegar al carro donde su tío Jorge lo esperaba. De un salto se subió al pescante mientras echaba el pequeño petate al carro.

—Hola, tío —le dijo a su tío Jorge que, sentado a su lado con las riendas en la mano, lo miraba con fijeza.

—Hola, Andrés. Échate esa manta por encima para que no tengas frío —indicó señalando una manta de pastor de lana gris con franjas blancas que había dejado en el pescante. Mientras Andrés se ponía la manta por encima, una orden de Jorge rompía el silencio de aquella escena.

—Arre, Primorosa. Arre, Blanquita. —Un chasquido producido por las riendas resonó en la mañana, mientras que con un *estrincón* en el pescante comenzaba el viaje de Andrés.

Las mulas comenzaron a andar con paso cansino pero constante tras recibir la orden del tío Jorge. Andrés echó una mirada atrás. La última, para ver como su padre y sus hermanos se quedaban allí. Dirigió sus ojos hacia la casa en busca de su madre, pero no la halló. Rosa, tras el ventanillo de la cocina, lloraba con dolor la pérdida de su hijo. Ya no sería lo mismo. Cuando volviese, si es que volvía, sería otra persona, pero no su

niño. Miró la casona por última vez, el corral donde ordeñaban a las cabras, o donde cometían algunas de sus travesuras. Nunca olvidaría las peleas entre los hermanos, cuando cogiendo cada uno una de las ubres de las cabras, como si de armas se trataran, las usaban como pistolas cuyos proyectiles eran los chorros de la leche, con el consiguiente jolgorio y alegría de los niños, y las reprimendas por parte de su madre. Su ventana, situada en el segundo piso, donde dormía con su hermano mayor. Los prados, los montes, etc. Con pena en el alma se volvió hacia su tío Jorge y ya no volvió a mirar hacia atrás. Sintió el dolor en el pecho de que allí se acababa para él toda su infancia, mientras que al frente, mientras que las mulas avanzaban con lentitud, se comenzaba a forjar su futuro. Un futuro incierto que no sabía si le haría llorar o reír, pero de lo que sí estaba seguro era de que nunca más lo haría con sus amigos y su familia.

Durante mucho rato Andrés no dijo nada, se limitó a ir observando los parajes por donde avanzaban. Aquel camino no lo conocía, nunca había ido tan lejos en aquella dirección, por lo que de vez en cuando sus ojos descubrían cañadas espectaculares, torrenteras desbordantes de agua que a veces atravesaban el camino, haciendo que Primorosa y Blanquita tuvieran que hacer un esfuerzo extra para atravesarlos. A lo lejos, escarpados picos aparecían por encima de las copas de los árboles. En sus cumbres, escasa o nula vegetación apenas manchaba el color de la piedra. A su alrededor volaban magistralmente los buitres y las águilas mientras vigilaban los nidos entre las rocas de la desnuda cumbre. Debido a la distancia Andrés no los podía ver, pero sí podía imaginar a esos pequeños polluelos hambrientos mientras esperaban la comida por parte de sus progenitores. Cuántas veces había espiado a los polluelos de los tordos mientras anidaban en los zarzales, viendo como sus atareados padres llenaban de insectos o semillas aquellos pozos sin fondo que eran sus picos. O las tardes de verano, cuando el sol castigaba sin piedad la pradera y el bosque, y se dedicaba, subido en el alfeizar de su ventana, a contemplar con curiosidad los abiertos picos que asomaban del nido de barro que, apenas un par de metros por encima de su cabeza, colgaba del tejado de su casa. Sus dueños, una pareja de golondrinas o vencejos, iban y venían sin cesar, transportando en sus pequeños picos los insectos que con rapidez eran engullidos por aquellas diminutas bocas hambrientas. Tantas veces lo había visto que podía imaginarse aquella misma escena en las lejanas cumbres. Absorto en aquel recuerdo parecía evadirse de su problema, solo la voz de su tío lo devolvió a la realidad.

—Las lluvias de los últimos días han llenado de sangre la tierra —comentó con satisfacción su tío Jorge, como si se le hubiese escapado un pensamiento de lo más

profundo de su corazón. Aquello interrumpió la dulce contemplación de Andrés—. Eso es bueno, muy bueno —añadió con deleite mientras lanzaba un suspiro al viento.

—Tío —interrumpió Andrés confundido—. Yo no veo sangre por ningún sitio.

Una sonrisa afloró en los labios de Jorge.

—El agua Andrés, el agua es la sangre de la tierra. —Sus palabras habían sonado rotundas, a la vez que complacientes.

—No entiendo.

Jorge miró hacia el fondo del valle, con la mirada perdida en el infinito y comenzó a hablar:

—Si no *habría* agua se secarían las fuentes, los ríos no nacerían, los prados se agostarían, los animales no tendrían nada que comer y nosotros mismos moriríamos de hambre y sed.

Jorge observó el rostro ávido de conocer de Andrés y dijo: «Tú ya sabes que el agua que cae del cielo empapa la tierra».

—Sí.

Jorge miró hacia adelante, en ese momento estaban pasando por una de esas torrenteras que, repleto el cauce de agua, saltaba a la carretera y la cubría.

—¡Vamos, Blanquita! —gritó mientras tensaba las bridas para dirigir al animal—. ¡Tú, Primorosa!, no te quedes atrás. —Pasado el posible peligro, ya con la voz tranquila, pero con la confianza puesta en sus palabras añadió—: Parte de esta agua llega al interior de la tierra y forma ríos subterráneos, y al igual que tus venas llevan tu sangre desde el corazón hacia el resto de tu cuerpo, estos llevan el agua por las entrañas de la tierra, repartiéndola para salir luego en una fuente aquí, un manantial allá, un río en la otra ladera. Por eso es su sangre, porque el agua es la vida.

La cara de Andrés se frunció un poco ante su ignorancia de lo que le estaba contando su tío. Este, que se había dado cuenta, continuó hablando.

—¿De dónde crees que viene el agua del pozo del tío Jenaro?

—De la tierra —contestó casi al instante Andrés.

—Y ¿dónde nace el río chiquito que pasa cerca de tu casa?

—En Peñaraja —afirmó con precipitación Andrés.

—Y ¿cómo llega el agua allí? —Durante unos segundos Jorge se mantuvo en silencio, expectante ante la respuesta de su sobrino.

—¿De esos ríos subterráneos? —preguntó dubitativo Andrés.

—Exacto. —Al momento unas palabras de esperanza y a la vez llenas de ilusión brotaron de sus labios—: Por eso, si queremos tener agua en nuestras fuentes y en nuestros ríos, en verano y en invierno, la tierra tiene que empaparse de la sangre ahora, y este año lo ha hecho bien, este año la tierra se ha impregnado bien de vida —dijo con satisfacción.

A continuación, mientras su vista y su mente se perdían en el infinito sus palabras, quedó en silencio.

Andrés no se atrevió a romperlo, manteniéndose callado durante el resto del camino, mientras pensaba en lo que le había oído a su tío. Solo de vez en cuando su pensamiento se rompía mientras su mirada se distraía en alguna iluminada vereda, o en alguna misteriosa espesura, cuando los escasos rayos del sol la atravesaban, iluminando su interior como farolillos de papel colgados de sus ramas.

Dos horas después llegaban a las puertas del convento de los hermanos de Nuestra Señora del Valle. Con una sola mirada se dio cuenta de que el edificio había vivido tiempos mejores. Un crucero sobre una base octogonal se situaba a unos cincuenta metros frente a la puerta. Era el guardián del convento, el crucero de parada por donde pasaban las procesiones. Sobre la puerta de medio punto, un capitel con columnas dóricas adosadas a la pared era el único adorno de aquel vetusto edificio. Una ventana de arco de medio punto también se elevaba seis metros sobre la puerta, su pequeña mente se imaginó que aquella era la ventana del vigía del convento. El resto era piedra labrada que conformaba un rectángulo, dándole forma al edificio principal. Una cubierta repleta de tejas ennegrecidas por el tiempo y la humedad caían sobre una hilera de ventanas colocadas de forma regular, a unos cinco metros de altura, las cuales, sin adornos ni ventanillos, rodeaban el edificio, que tendría unos sesenta metros de fondo. Una puerta de medio punto, de madera maciza, hecha de cuarterones de roble de los que abundaban por la comarca, jalonaba la entrada. Aquel portón de madera toscamente labrado apenas tenía un par de ángeles tallados sobre los cuarterones de la misma, señal inequívoca de que aquel era el acceso a la capilla del convento, la cual ocupaba toda el ala. Hacia la mitad del ángel labrado, en la hoja derecha, se podía advertir otra puerta más pequeña por la que a diario se accedía al interior de la capilla, mientras que las grandes puertas solo se abrían de par en par en las grandes ceremonias del convento, cuando sacaban en procesión a la Virgen del Valle alrededor del crucero frente a la puerta, o cuando en Semana Santa sacaban la custodia alrededor del monasterio. Al pasar frente a la puerta entre el convento y el crucero su tío Jorge hizo la señal de cruz,

continuando su marcha hacia el ala lateral, lugar de residencia de los monjes y donde realmente estaba situado el convento.

—¡Sooo!, Primorosa, ¡Sooo!, Blanquita —gritó Jorge mientras tiraba de las bridas hacia sí.

El pequeño *estrincón* de las mulas al parar sacó a Andrés de sus pensamientos, comprendiendo que su viaje acababa allí. Habían llegado a la puerta del monasterio. Unas escalinatas de piedra ascendían hasta una puerta rectangular de igual hechura que la de la capilla. Allí los cuarterones de la misma no lucían ángeles ni ninguna otra figura, pero, como en ella, una puerta más pequeña con varias hileras de clavos negros hacía las veces de puerta de servicio. Justo en el cuarterón de la izquierda de la puerta pequeña, unas rejas que lo atravesaban en cruz delataban que aquello, además, era un ventanillo que hacía las veces de mirilla. Un sencillo picaporte con forma de mano sujetando una bola del mundo completaba la escasa decoración. Andrés miró lo que iba a ser su hogar en los próximos años antes de decidirse a bajar.

—¡Hala, Andrés! —exclamó su tío Jorge que ya había echado pie a tierra—. Baja, que ya hemos llegado.

Con pereza Andrés bajó del carro sin dejar de mirar el convento. Su tío le dio el pequeño petate que con tanto amor le había preparado su madre.

—Venga, Andrés, no seas remolón, que se nos hace tarde —exclamó su tío mientras lo animaba a caminar hacia la puerta.

Andrés no abrió la boca para contestar a su tío. Toda su atención estaba concentrada en aquel edificio que tenía delante. Lo que aquellas piedras para su corta vida representaban, la ruptura total con toda su corta existencia. El primer paso era el peor. Allí parado, al pie del carro, frente al convento, su mente se negaba a ordenar a sus pequeñas piernas que comenzasen a caminar. En su interior algo se oponía con todas sus fuerzas a aquello, y mientras no se separase del carro la ruptura no se produciría, o por lo menos eso pensaba él. Parecía que aquella carreta con las mulas fuera el único vínculo que le uniera a sus padres, a sus hermanos, a Villalobar; en definitiva, a la única vida que él había conocido, y separarse de ella era caer en lo desconocido.

«¿Por qué él y no su hermano Tomás?», se preguntaba sin cesar. «¿Qué había hecho él para que sus padres lo hubieran castigado de aquella forma?» Por unos instantes surgió un sentimiento que nunca había tenido, el rencor hacia sus padres. «¿Por qué tenía que sacrificarse él y no su hermano? Su hermano Tomás era dos años mayor que él, y podía aguantar mejor aquel cambio». Todos estos pensamientos se